

Las caras de la libertad

Héctor Zagal

Universidad Panamericana

Todos queremos creer que somos libres. Hasta cierto punto, la simple creencia de que uno piensa y actúa libremente nos genera una sensación de falta de ataduras, de dominio sobre nosotros mismos y nuestra vida. Asimismo, volver una y otra vez sobre aquello que no podemos hacer por nuestras condiciones físicas (como respirar bajo el agua sin necesidad de equipo especial) o que no podemos hacer sin tener una consecuencia negativa (como comer un alimento al que somos alérgicos), provoca en nosotros una sensación de opresión, de impotencia. ¿La libertad es una cuestión de perspectiva? La verdad es que determinar si uno es libre no es una cuestión sencilla.

La libertad tiene varias caras. Una de ellas puede relacionarse con estas sensaciones de falta de ataduras o de impotencia. Más allá de si nos sentimos libres o no, podemos reconocer que existe en nosotros una capacidad de elección. Puedo elegir centrarme en aquello que me genera una sensación agradable o enfocarme en todo lo que no tengo y sufrir por ello. El punto no es qué elijo, sino que puedo elegir, como diríamos, ver el vaso medio lleno o medio vacío. Epicteto, filósofo estoico (55-153 d.C.), consideraba que una propiedad esencial del ser humano es su capacidad de elección. Que seamos capaces de elegir, de considerar que tenemos opciones, por muy mínimas que sean, implica que lo que elijamos está libre de necesidad y de determinismo. Hay elementos de nuestra existencia que no dependen de nosotros, como nuestra predisposición genética a ciertas enfermedades, haber nacido en un país o una determinada familia. Epicteto considera que estos son aspectos externos de nuestra persona, pero no la definen completamente. Lo que nos define como seres humanos y como individuos son nuestras convicciones, intenciones y decisiones.

Epicteto fue un esclavo durante una parte de su vida. En esa condición de esclavitud cayó en cuenta de que si bien no era libre, contaba con una libertad interior, personal. Su condición de esclavo estaba determinada por el mundo exterior, pero en él había algo que no podía ser encadenado. Esta libertad de la que habla Epicteto implica que podemos elegir nuestra actitud frente al estado de cosas del mundo exterior. Epicteto se consideraba libre aunque fuera un esclavo.

Como dije, hay muchas caras de la libertad. Isaiah Berlin (1909-1997), uno de los filósofos más importantes del siglo XX, distinguió entre dos tipos de libertad: la negativa y la positiva. La libertad negativa puede definirse como la libertad de interferencia externa. Podríamos formularla de esta manera: “soy libre de ataduras” o “no soy esclavo de nada ni de nadie”. Soy libre “de” algo. En cambio, la libertad positiva se define como la libertad para actuar según mi voluntad y autodeterminación. Puede expresarse como: “soy mi propio amo”; soy libre “para”.

La mayoría de los derechos humanos, por ejemplo, están escritos en un lenguaje de libertad negativa, porque nos hablan sobre algo que nos pertenece de manera esencial, íntima e inmediata, sin mediación de ninguna institución o persona. (Que esos derechos se respeten es otro tema). Lo que hay que subrayar es que los derechos humanos pertenecen a cada individuo sin ningún tipo de obstáculo. Por ejemplo, el artículo 2° de la Declaración de Derechos Humanos reza que toda persona tiene los derechos y libertades proclamados en tal Declaración “sin distinción alguna de raza, color, sexo, idioma, religión, opinión política o de cualquier otra índole, origen nacional o social, posición económica, nacimiento o cualquier otra condición”. Este artículo engloba todo aquello que no puede oponerse a la posesión de los derechos humanos.

La libertad positiva no versa sobre las restricciones o interferencias a la libertad de una persona, sino sobre la posibilidad que tiene una persona para perseguir sus objetivos independientemente de que se enfrente a ciertos obstáculos. En México, por ejemplo, contamos con la libertad para practicar la religión de nuestra elección, aun cuando esta práctica pueda verse interrumpida por, digamos, restricciones sanitarias durante una pandemia. Este ejemplo muestra que una libertad, la libertad religiosa en este caso, puede apreciarse desde la libertad negativa y la positiva.

Podemos entender los dos tipos de libertades según su relación con el mundo exterior. La libertad negativa se centra en el individuo en tanto que refiere a su libertad de no interferencia y de ausencia de exigencias del exterior. Un ejemplo de esto es la primera máxima del liberalismo de John Stuart Mill, filósofo liberal del siglo XIX. Mill escribió que el individuo no es responsable ante la sociedad de sus acciones en la medida en que éstas conciernen a los intereses de nadie más que a sí mismo. La segunda máxima indica que el individuo no es responsable ante la sociedad siempre y cuando sus acciones no perjudiquen los intereses de los otros. El individuo liberal de Mill luce muy, vaya, libre. Sin embargo, ¿qué tanto se puede hacer sin incidir en el mundo exterior y en la sociedad? Hay libertades que están a su alcance gracias a la acción de terceros, es decir, gracias a la injerencia de otros. Imaginemos simplemente un campo de esclavos. Un buen día llega una persona a anunciarles que han dejado de ser esclavos, que son libres, que se les ha liberado de esa situación inhumana e injusta. Al júbilo inicial le sigue una desagradable pregunta “¿Y ahora?”. ¿Qué puede hacer una persona que no tiene propiedad, dinero, educación, acceso a servicios de salud, comida? Sin el apoyo de terceros, de servicios otorgados por el Estado, por ejemplo, estas personas que gozan de la libertad de no ser esclavos quizá no son libres de perseguir sus objetivos.